



PIO CABA- «Suárez»

Por JULIAN LAGO
Fotos: GERMAN GALLEGO

—Así que no eres un político peligroso.

—A la gente le gusta que la vida de los políticos, como la de los santos, sea breve, y cuando uno persiste pues entonces las críticas son más continuadas y exacerbadas. ¿Peligroso?... No, no; quizás es que tengo grandes dosis de paciencia.

—¿Y a qué esperas ahora? ¿Por qué estás ahí medio agazapado?

—No estoy medio agazapado, no. Esa postura siempre resulta incómoda, y mucho más cuando se es tan pequeño como yo.

¿Lo ven? Nada o casi nada altera su flema celta («Cabrearse es un coñazo») y es, por lo que se deduce, uno de los pocos especímenes de nuestra fauna política que no ha perdido el sentido del humor. A pesar, eso sí, de que sin embargo haya perdido una cartera ministerial en dos ocasiones: la primera, la de Información y Turismo, bajo el franquismo; la segunda, la de Cultura, ya bajo la égida de Suárez. Es Pío, por supuesto, el ex Pío Cabanillas, diputado **ucedeo** por Orense y miembro de la ponencia encargada de la redacción del Estatuto gallego. Imagínenselo ustedes, si les parece: pequeño, efectivamente; la cara, redonda, casi geométricamente; la nariz, afilada; el pelo ondulado y algo cano; la boca, diminuta; y los ojos, también reducidos, pero inquisitivos. Unos ojos, después de todo, que aparecen especialmente cansinos y cargados de sueño atrasado este mediodía, 31 de octubre, en que pocas horas antes (concretamente a la una y media de la madrugada) ha quedado dictaminado el Estatuto de Autonomía para Galicia.

Pío sabe más que Franco»

—¿Has oído a Fraga?

—Sí, sí.

—Dice que es un estatuto, no de segunda, sino de tercera división.

—Fraga... yo no sé si entiende mucho de fútbol, pero desde luego en esto se equivoca. Este estatuto es, sin duda, un estatuto que no era ni soñado por Galicia, que no se debe retocar; que modificarle en la comisión a la que habrá de pasar con algún tipo de correctivo sería un grave error; que es el mejor estatuto que se ha podido desear; que es increíble; y que, bueno, no se lo podrían creer algunas de las personas que lucharon por conseguir el estatuto del 36.

—¿Lo consideras incluso más avanzado que el proyecto de la República?

—No sé si avanzado; pero es absolutamente mejor, superior en funciones, en importancia, en dimensión y, también, en técnica. El estatuto gallego, tal como ha quedado, no es de tercera división y está, en cuanto a techo político, a la altura del catalán y del vasco.

—Pero sin competencias, ¿no?

—Eso es falso.

—Ha salido en los periódicos.

—Es falso, porque las competencias están claramente definidas en los artículos 22, 23 y 24. Lo que ha desaparecido, afortunadamente, y espero que no se defienda luego en la comisión, ha sido el apartado IV del artículo 32 en el que se reconocía que todas las competencias eran del Estado y ninguna de la comunidad autónoma.

—¿Pero esa tesis no la defendiste tú?

—No, no. Yo defendí la sustitución de este texto por otro distinto y totalmente aceptable.

—Un texto que quería colar la Moncloa a través de ti.

—No, y es que ha habido una tergiversación de los hechos que conviene aclarar. En el partido del Gobierno había quienes, efectivamente, tenían la idea de controlar las competencias de la comunidad autónoma gallega por vía parlamentaria, a través de una disposición transitoria. Pues bien, cuando tal propósito trascendió, no sólo a la ucedé gallega, si-



no también a las áreas socialistas, hubo una fuerte reacción porque eso suponía delimitar la autonomía gallega. Entonces yo redacté, de mi puño y letra, un texto alternativo, en base a las ideas del catalán Roca y a la aportación de Meilán Gil, y delante del socialista Martín Toval. Por tanto, difícilmente aquel texto, que luego fue rechazado, podía haber salido de la Moncloa; aunque, eso sí, se le leyó, concretamente, a Pérez Llorca, por teléfono. O sea que mi postura ha sido bien clara en todo momento.

—Pues eso no casa, Pío.

—¿Con qué no casa?

—Con la acusación de tu compañero de ucedé, Pardo Montero, en el sentido de que has hecho un doble juego.

—Me cuesta trabajo crear en esa afirmación, yo no he hecho ningún doble juego, y Pardo Montero sabe mejor que nadie que he defendido en todo momento los aspectos más avanzados y más galleguistas que tiene el Estatuto.

—Pero tú eres el más centralista

de los ucedeos gallegos.

—Mira... cuando uno se llama Pío, y tiene ciertos antecedentes históricos, hay siempre un punto de referencia fácil para los adversarios. No, no soy centralista y...

—Tampoco tienes marchamo de galleguista.

—... yo he estado vinculado al galleguismo, cuando ser galleguista no era nada cómodo. Ahora ser galleguista está tirado, y eso me preocupa. Lo que ocurre es que yo me he dedicado a la política a nivel nacional, y no regional, y eso produce, como consecuencia, el reproche inevitable de que no has hecho galleguismo. El asunto júzgalo como tú quieras; pero para mí el galleguismo más que una posición ideológica es el ser consciente de las necesidades de una comunidad, la gallega, y preocuparte por ella. No creo, pues, en esos galleguistas que viven sólo de decir que lo son y que se aferran a los bórreos mentales de nuestra tierra y que son incapaces de exportarse.

—¿Resulta más práctico ejercer de gallego desde Madrid?

—Hay una dimensión del gallego que lleva inexorablemente a la idea de la Universidad y que hace que en Galicia desconfíen de los señores que se quedan en técnicos, eruditos, profesionales y políticos locales.

—¿Y de ti no desconfían? ¿Tú crees que el gallego de a pie se fía de Pío Cabanillas?

—Yo, la verdad, no he hecho nada para que confíasen, porque he sido muy independiente y no me he sumado a los que han pretendido monopolizar el galleguismo. Sí, en cambio, me ha parecido de más interés hacer activa la presencia de Galicia en las áreas y sectores en que me he movido, y eso nadie puede negármelo. En todos los momentos de mi vida política, pienso yo, he dejado constancia de mi galleguismo.

—Un galleguismo que, en todo caso, y perdona, ha estado al servicio de la oligarquía.

—No, no; yo no he estado ni al lado ni al servicio de la oligarquía. Es más, no he mantenido relación con los oligarcas de Galicia.

—¿No eres amigo de Eulogio Franqueira?

—Franqueira es un señor que era un excepcional maestro de escuela, hace diez o doce años, y que toda su actual fortuna se la debe a su trabajo y su inteligencia nada común.

—En Orense es el que lo mango-nea todo.

—Mangoenea..., en Galicia el viejo concepto del caciquismo se reduce a una pura expresión verbal; eso es como hablar ahora de la India de los rajás.

—Sin embargo, en Madrid a ti se te considera el cacique de Galicia.

—No, yo no soy un cacique en el viejo sentido de la palabra, porque doy más valor a los comportamientos humanos que a los resultados, a los controles del Poder, y en ese sentido no creo que nadie pueda decir que haya tenido en Galicia gestos caciquiles.

—Al actual presidente de la Xunta, Quiroga, lo impones tú, en contra del viejo Rosón...

—No, yo hice muchísimo más pa-

ra que Rosón continuara como presidente de la Xunta que para que Quiroga le sucediera.

—Eso no se lo va a crear Rosón.

—Pues que se lo crea, porque ha sido así.

—No fue así, Pío.

—¿Que no?

—No, porque Quiroga siempre ha sido un hombre de paja tuyo.

—Eso no es cierto, Quiroga no es un hombre de paja mío. Es un magnífico presidente de la Xunta, que, al igual que Rosón, ha soportado los momentos más difíciles y duros, que son los momentos de transición. Lógicamente, de ahora en adelante, el que sea elegido presidente de la Xunta lo tendrá todo más a su favor.

—A lo mejor el próximo eres tú.

—No, no quise serlo antes, porque pienso que el presidente de la Xunta ha de reunir condiciones distintas a las mías, que no son las idóneas para el cargo. Yo ahí, sinceramente, no me veo.

—¿Te ves más otra vez de ministro?

—Cuando uno ha pasado por esas etapas, no mira la política como un simple acontecimiento de acceso a un puesto sino como la subsistencia en una posición, que en mi caso apenas ha variado. Yo fui un señor abierto cuando no era fácil ser abierto y ahora, que no es difícil serlo, a veces pienso que debía de echarse un poco el freno.

—¿Por qué has jugado tan mal en la transición? ¿Por qué tu imagen progresista se ha vuelto, con la democracia, reaccionaria, conservadora y carca?

—Sencillamente por eso, porque yo no he cambiado casi nada, y un hombre sereno en aquellos tiempos históricos tenía por fuerza que ser receptivo a los fenómenos de cambio político que indefectiblemente tenían que producirse.

—Es que ser liberal con el franquismo era sencillo.

—No, no; ser liberal con el franquismo era difícil, y más aún mantenerse. Lo que era fácil era ser liberal en los cafés y en las conversaciones de amigos, pero no desde los cargos públicos. Yo fui de los pocos que se negó a aceptar las sugerencias del anterior Jefe de Estado cuando era ministro, y por eso me cesó.

—Entonces estabas en candelero.

—Sí, claro; esa actitud no era frecuente.

—¿Y por qué pierdes el protagonismo en ucedé?

—La historia de los varones de ucedé fue la historia de la entrega del testigo, en su sentido olímpico, y la promoción de un líder que salió arropado con la estructura de un partido que fue un hallazgo de denominación, de posición, y de ideología compartida y asumida por gran parte de los españoles. Esto a mí me sobra y me basta como satisfacción, y ese fue el precio que yo y otros como yo pagamos.

—Porque tú tienes mucho que ver con la idea original del centro.

—Sin excesiva vanidad, mucho.

—Incluso le sirves a Suárez la defenestración de Areilza en bandeja.

nión, sin embargo presentó su dimisión.

—Desde entonces ha llovido mucho para los dos.

—Bueno, lo que ha podido llover desde marzo del 77, o del 76, no sé.

—Hasta te ha dado tiempo a llegar al poder y a salir de él.

—En un Gobierno como los de ahora, eso de llegar al Poder no está equiparado al hecho de ser ministro.

—¡Ah! ¿Los ministros ya no tienen poder?

—Algunos, en función de determinada vinculación, o situación, siguen teniendo un poder real mayor o menor.

—Vamos, que en ucedé el único que manda es Suárez.



«El estatuto gallego está a la altura política del catalán y del vasco»

—No, eso no fue así.

—¿Cómo fue entonces?

—En primer lugar, se crea el Partido Popular, y hay que convencer a Areilza para que entre en él. Tuvimos una conversación con unos amigos comunes, me parece que eran Eduardo Montero, y Senillosa, y Bofill, el arquitecto, y entonces hay un momento en que desde el Gobierno se pide la cabeza de Areilza para convertir el Partido Popular, mejor dicho lo que ya era el Centro Democrático, en lo que luego ha sido la Unión del Centro Democrático. Areilza y yo celebramos una larga entrevista con Suárez, y de ella Areilza salió dubitativo, pero convencido de que la oferta de Suárez era aceptable. Cuarenta y ocho horas después, y en contra de mi opi-

—Creo que sí, que, aunque hay otras esferas de Poder complementarias, el que manda de un modo inequívoco como presidente del partido y del Gobierno es Adolfo Suárez.

—¿Más que Franco?

—Esto de los fenómenos comparativos es difícilísimo. Sí, yo creo que Suárez sabe más que Franco, se entera mejor de las cosas para mandarla luego, porque Franco no necesitaba saberlas.

—¿Tiene Suárez muchos tics franquistas?

—Ahí pasa una cosa siempre: cuando se ejerce un poder, la tendencia es referirse miméticamente al señor que desempeñó el poder de un modo personal. No, yo creo que Suárez tiene mayor elasticidad que Franco para aparentar que no manda, pero no descartaría que su capa-

cidad de mandar esté muy cerca de la contundencia del franquismo.

—Tu cese se lo pensó menos que Franco.

—Hombre, Suárez cesó a ciertas varonías de ucedé en la última crisis no por una causa concreta sino para que ocupáramos lo que yo llamo los terrenos de reposo.

—¿Cuándo prevés tú otra nueva crisis de Gobierno?

—No sé.

—El otro día Suárez ha anunciado que no la va a haber.

—Yo pienso que en el fondo Suárez es partidario de hacer una remodelación y al mismo tiempo de no hacerla.

—Ni que fuera gallego.

—Su abuelo, creo, era gallego. Ahora bien, a mí lo que me parece es que la programación de la crisis cada vez le va a resultar al Presidente más necesaria.

—¿Sí?

—Sí, porque se acumula la necesidad de un cambio con el exceso de ofertas de cargos.

—Si no hay crisis, habrá entonces conspiración.

—Si no hay pronto crisis, habrá inquietud, simplemente, porque naturalmente hay personas que se consideran abocadas a esos puestos y naturalmente están inquietas, y como los puestos son importantes, la inquietud siempre se nota.

—Es que en ucedé se conspira mucho, ¿no?

—Sí, claro; yo no conozco ninguna estructura humana de mando en la que no se conspire.

—Es decir, que sí que se conspira.

—Sí, en la ucedé, y en el pesoe, y en todo colectivo.

—¿Tú en qué conspiraciones estás ahora?

—Yo... en este momento he consumido muchas horas en la elaboración del proyecto del Estatuto de Galicia, y apenas he tenido tiempo de nada. Pero, a lo largo de este invierno, supongo que tendré conocimiento de muchas posiciones, de intrigas y operaciones, bueno, posiciones pacíficas y tranquilas, pero inevitables.

—¿Suárez será en ucedé cada vez más discutible? ¿Suárez es hoy menos cuestionable que mañana?

—De eso, oye, no estoy seguro.

—¿De qué depende, pues?

—De que no haya sustituto inmediato y también de la inteligencia con que aplique la táctica política en los próximos meses.